



Juventud, ¿fue juventud la mía?



Julio María Sanguinetti

Ex Presidente de Uruguay

La juventud actual, que asciende en la cresta de la ola tecnológica, vive en la tensión entre oportunidades e inseguridad. El futuro estará marcado por la educación, uno de los mayores desafíos actuales para América Latina

Se han cumplido más de cien años de la muerte de Ruben Darío, ocurrida el 6 de febrero de 1916, a los 49 años de edad. Era ya reconocido como el mayor poeta de nuestra lengua, a la que había revolucionado con su musical modernismo literario. Desde esa distancia temporal, visitar su poesía es reencontrarnos con un mundo y también una pregunta sin clara respuesta:

*“mi juventud... ¿fue juventud la mía?
sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...”*

Siempre, desde la madurez, se vive la juventud con nostalgia, en el recuerdo de esos años de plenitud, inevitablemente desvanecidos y cuya cosecha, aun abundante, siempre deja aquella tristeza por lo que no pudo ser. Mi generación, la que declina en la visión orteguiana del método de las generaciones (que supone tres etapas de la vida, juventud, madurez, vejez) convive con dos generaciones muy

distintas, especialmente la más joven, la de menos de 25 años, que irrumpe con particularísima velocidad, al compás de los cambios tecnológicos vertiginosos con que se despidió el siglo XX y se inauguró el que corre. Como dice el propio Ortega:

“Todos somos contemporáneos, vivimos en el mismo tiempo y atmósfera —en el mismo mundo— pero contribuimos a formarlos de modo diferente. Solo se coincide con los coetáneos. Los contemporáneos no son coetáneos: urge distinguir en historia entre coetaneidad y contemporaneidad. Alojados en mundo externo y cronológico, convergen tres tiempos vitales distintos. Eso es lo que suelo llamar el anacronismo esencial de la historia. Merced a ese desequilibrio interno se mueve, cambia, rueda, fluye. Si todos los contemporáneos fueran coetáneos, la historia se detendría anquilosada, en un gesto definitivo sin posibilidad de innovación radical ninguna”¹.

Desde esta visión iniciamos entonces estas reflexiones sobre los dilemas de nuestro tiempo, que lo son en dimensiones diferentes para los jóvenes que se inician, como para los maduros o viejos y siguiendo con Ortega:

“Para cada generación vivir es pues una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido

—ideas, valoraciones, instituciones— por la antecedente; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad. Su actitud no puede ser la misma ante lo propio que ante lo recibido”². [Así, hay un] “tiempo de viejos cuando coinciden lo recibido y lo propio. Hay otros en que no se trata de conservar y acumular, sino de arrumbar y sustituir, los viejos quedan barridos por los mozos. Son tiempo de jóvenes, edades de iniciación y beligerancia constructiva”³.

En eso estamos.

El legado

La nueva generación latinoamericana recibe en herencia un patrimonio importante. Se ha reconocido el valor superior de la democracia liberal, triunfadora frente a las opciones fascista, falangista, nazista o comunista que se enfrentaron con ella en el siglo XX. América Latina ha sufrido un fenómeno intermedio, el populismo, que con una fachada democrática ejerce un autoritarismo real sobre la base del abuso del poder del Estado para financiar estructuras políticas que compiten con las autoridades constituidas de los poderes institucionales. Pese a todo, nadie discute ya el valor de la democracia liberal y un corolario que ha pasado a ser patrimonio común

1. En Torno a Galileo. Obras Completas. Ed. Fundación Ortega y Gasset. Madrid, 2006.

2. “*Id.*”

3. El tema de nuestro tiempo, Alianza Editorial, Madrid, 1983.

de nuestra cultura: el respeto a los derechos humanos.

Del mismo modo, la economía de mercado, con todas sus variantes y limitaciones, se ha demostrado definitivamente más eficaz que sus rivales, tanto para lograr más crecimiento como una mejor distribución de riqueza. Ni la llamada derecha reniega hoy del valor equilibrador del Estado ni la proclamada izquierda propone más una economía colectivista, o centralmente planificada, como queramos llamar a las diversas concepciones que vinieron de las doctrinas autoritarias.

La resultancia de todo este proceso es que, con mirada antropológica, los humanos latinoamericanos vivimos más y mejor. Entre 1980 y 2000, la expectativa de vida sumó seis años, llegando a 75 años, ya con varios países que alcanzan los 80 años. Esta cifra resume que entre el desarrollo económico y los progresos de la ciencia, los pobladores de esta región tenemos mayores oportunidades en este mundo. Pese a las insuficiencias de nuestro desarrollo económico y las desigualdades sociales que cercenan oportunidades de progreso, en promedio esta humanidad que hoy vive en América Latina alcanza un mayor bienestar que nuestros mayores. Lo que, a su vez, genera otro desafío: el de sostener los sistemas de seguridad social cuando ya el 20% de la población tiene más de

60 años. La razón nos dice que no podemos transformar en tragedia una bendición y que lo que hay que hacer es prolongar las edades de retiro en conformidad con la mayor longevidad y el menor esfuerzo físico que demandan los trabajos. Más que una lucha de clases, hoy se advierte —de modo en ocasiones dramático— una puja de las generaciones, con los jóvenes reclamando más educación, más deportes y bienes culturales, mientras la generación vieja se abroquela en la defensa de sistemas imposibles de sostener sin cambios importantes.

La irrupción del cambio

Los últimos años han sido de vértigo en la irrupción tecnológica. La agricultura, impulsada por los transgénicos, entre otros avances, ha ido alejando el hambre a multitudes e incluso transformado el patrón productivo de países tan relevantes como Brasil, cuyo histórico sueño industrial ha cedido paso a una enorme potencia agrícola. Los sectores de servicios han multiplicado su porcentaje en el PBI de nuestros países (alrededor del 60%) y la industria, considerada hasta hace 40 años la medida del desarrollo, sufre un complejo proceso de concentración, automatización y consiguiente reducción de personal. El debate entre los choferes de taxímetros de las ciudades y el sistema Uber es emblemático de cómo las tecnologías

amenazan a todos los sectores laborales. Ni hablemos en el terreno de la información y comunicación, donde internet, Google, Twitter, Facebook, Netflix o la Wikipedia constituyen hoy un núcleo central de la vida cotidiana en todas sus dimensiones, desde el trabajo hasta el entretenimiento. El tema es que todos tenemos un Uber en nuestro futuro y ese es el gran dilema para los jóvenes de hoy. Hace solo 30 años, el mundo de la nueva generación transcurría en la pantalla de televisión; hoy han quedado los viejos delante de ella. Los más jóvenes transitan por redes que sus padres (no ya sus abuelos) no saben ni dónde encontrar.

Oportunidades e inseguridad

Ninguna época anterior ha ofrecido más oportunidades que la actual. Pero pocas han sido tan inseguras. El factor estabilidad ha pasado a ser determinante en la vida de la nueva generación. En ella se vive hoy, inequívocamente, una división de aguas determinada por su formación: con un mundo laboral que reclama fluidez en el manejo de nuevas tecnologías y una constante capacidad de adaptación a los cambios, las mentes académicamente menos cultivadas caminan hacia el rezago y aun la exclusión. Las tareas residuales (bracero, seguridad privada, trabajador no calificado en general) son pocas y mal remuneradas. Las

más insalubres (auxiliares médicos, cuidado de ancianos y discapacitados) conducen a la emigración hacia países desarrollados que remuneran especialmente esas tareas de alta exigencia personal. Lo mismo ocurre en el escenario de la mayor tecnología, con los profesionales de alta calificación (en medicina, informática, ingeniería, química, biología), que hoy nutren las carencias de las economías más diversificadas.

Se vive, entonces, una situación de cambio constante, con las angustias e incertidumbres consiguientes. Prepararse para vivir en ese escenario requiere versatilidad y una educación permanente.

Las insuficiencias educativas

Si ese es el desafío, queda claro que el mayor problema latinoamericano es hoy la educación. Se ha mejorado notablemente en cobertura. El sistema escolar hoy llega prácticamente a todos los niños (95% según CEPAL), el secundario ha avanzado exponencialmente pero la mitad no lo termina y la calidad dista de ser la deseable. Las pruebas PISA muestran que en los adolescentes de 15-16 años, en que se ubica el final de la enseñanza obligatoria, América Latina alcanza magros resultados. De los 67 países que aceptan evaluarse, los ocho latinoamericanos que lo hacen, se ubican entre el lugar 53

(Chile) y el 67 (Perú), mientras que los primeros 7 lugares corresponden a países asiáticos, desplazando así a las tradicionales potencias culturales.

Los sistemas educativos adolecen de una deficiente formación docente, un progresivo permisivismo en la conducta de los alumnos y unas gremiales de maestros y profesores que —en términos generales— asumen una actitud de defensa corporativa de intereses burocráticos, sin atención a las exigencias de una mayor calidad. Fuera de la expansión cuantitativa del sistema, no se logra una pedagogía que asuma la competitividad de nuestro tiempo y logre establecer una psicología de superación permanente. Nos guste o no, China, India y Asia en general, nos están marcando niveles de productividad que tenemos que alcanzar. No se trata de abaratar el salario, porque en esos países también ha subido; se trata de que los bajos rendimientos de nuestra fuerza laboral mejoren para ofrecer la satisfacción de las necesidades colectivas.

Pobreza y desigualdad

La pobreza en América Latina bajó de 48% en 1990 a 43% en 1999 y 28% en 2012. Fue el resultado de una década dorada, en que la región creció un 3,1% anual y, si excluimos a México y Brasil, los más rezagados, al 6,3%. A partir de aquel 2012, la situación reversionó. La demanda china perdió velocidad de expansión. No se

produjo una crisis, un cambio brusco de tendencia, pero los valores de las materias primas retornaron a niveles más o menos normales. El hecho es que, a partir de entonces, se estancó el nivel de pobreza.

Así como se afirmaba, con razón, que no bastaba el crecimiento para mejorar la distribución del ingreso, también se observa que, sin un ritmo razonable de crecimiento, es imposible que mejore la distribución. El 10% más rico de la población absorbe el 40-47% del ingreso de los países, mientras que el 20% más pobre oscila entre el 2 y el 4%. Aun los más equitativos, como Costa Rica y Uruguay, están muy por debajo de la media europea.

La educación no ha recibido lo necesario, no solo en dinero sino, muy especialmente, en introducción de pedagogías innovadoras. Se han debilitado las viejas fortalezas escolares y la modernidad no se ha instalado. La infraestructura de comunicaciones y logística aún muestra grandes rezagos. Los Estados mismos no han sido eficientes en la asignación de sus recursos que, si bien han crecido en el tiempo de la bonanza, no han modificado, salvo excepciones, los patrones estructurales de producción y exportación (aún dependientes de las materias primas).

Hoy se hace el balance de aquellos años de bonanza. Sus excedentes,

¿han sido bien aplicados? Está claro que en algunos países (Perú, Chile) fue así. También lo está que en otros hubo formidable expansión del consumo sin un correlato de inversión en infraestructura e innovación tecnológica que construyera bases más sólidas para encarar un futuro que, justamente, se está definiendo en ese terreno (Venezuela, Argentina). En general, ha disminuido la pobreza, pero no ha mejorado la desigualdad. Y aquella no siempre ha llegado a ese “mínimo ético” que reclamaba Bobbio como piso de la satisfacción de las necesidades de los más pobres.

La nostalgia de las grandes causas

La generación que asciende en la cresta de la ola tecnológica vive esa tensión entre oportunidades e inseguridad. De ahí que hoy se generan demandas nuevas, reclamando más calidad en la educación. De ahí también que convive ese desasosiego espiritual con un progreso material formidable, emblemático en ciudades que crecen en altura y centros comerciales luminosos.

Se adolece de una nostalgia de las grandes causas. La batalla por la libertad, salvo para Cuba y Venezuela, está terminada. El debate entre el Consenso de Washington y la economía socialista está también laudado, una vez que accedieron

al poder partidos de izquierda que eran revolucionarios en los años 60 y hoy aspiran simplemente a un desarrollo de modelo europeo. La guerra de religión que hoy asuela al mundo desarrollado, solo lateralmente aparece en nuestro hemisferio, aunque sea un error pensar que estamos inmunizados. La palabra revolución no suena. Lo hace en cambio el narcotráfico, que ha crecido al impulso de una demanda estadounidense histórica y de una nueva latinoamericana, que estalla a cada momento con el drama de jóvenes muertos en alguna fiesta electrónica. Ese flagelo se nutre particularmente de los que la sociedad tecnológica deja rezagados, que ya no son los pobres de antes porque carecen de espacio para sobrevivir.

La política, entonces, ya no apasiona como en nuestra generación. Un por ciento más de PIB es importante pero no seduce. Hay decepción por los partidos políticos y nada ofrece más dividendos demagógicos que los ataques al *establishment*, sean reales o imaginarios, profundos o superficiales.

Sin embargo, la juventud se empieza a reencontrar. La nueva música convoca multitudes, aunque asociada a veces a esa búsqueda de paraísos artificiales. Los deportes ofrecen también un escenario mayor para la pasión popular y el ascenso de individualidades. Naturalmente, no basta. Es preciso que la pasión de vivir y realizarse se encienda por

más fronteras. La creatividad en la tecnología de comunicación lo está mostrando. El cine y el arte han vuelto a apasionar como en los tiempos en que el pop estadounidense cambió la estética de nuestra vida. El lado compasivo de la sociedad se expresa en la protección ambiental y en el reconocimiento de las minorías.

Esa juventud choca frecuentemente con la nostalgia de la vieja generación. Es el ejemplo de Gran Bretaña con su Brexit de Europa, en que quienes no tienen futuro se lo han limitado a quienes lo necesitan. Desgraciadamente, todavía quedan cenizas del viejo fuego ideológico de los años posteriores a la revolución cubana. Curiosamente, se advierte sobre todo en las universidades, que

debieran ser la vanguardia y se las ve más bien ancladas a lo que Fernando Henrique Cardoso ha llamado “las utopías regresivas”. Construir esos nuevos sueños es el desafío de la generación que asciende. Ya los van encontrando. Sus héroes no son ya los Che Guevara sino, más bien, los innovadores como Zuckerberg o Steve Jobs, los vanguardistas del arte o el deporte como Jeff Koons o los Usain Bolt, pero también algunos viejos venerables como Paul Mc Cartney o Mick Jagger, testimonio también de que mucho de lo recibido quedará. Por ahí se empieza a dibujar un camino. Zigzagueante aún, pero con un punto cardinal ya definido: o nos aproximamos a la productividad del Oriente o quedaremos tan lejos como quedamos de la revolución industrial.